

UN ORDEN ECONÓMICO JUSTO

F. Javier Vitoria Cormenzana

1. Interrumpir y revertir una historia de sufrimiento
2. El neoliberalismo y el desorden de la pobreza
 - 2.1. El crecimiento de excedentes humanos
 - 2.2. El catecismo neoliberal
 - 2.3. La crueldad de la economía de mercado
 - 2.4. El neoliberalismo como “religión”
 - 2.5. El opio capitalista del pueblo
 - 2.6. No demonizar el mercado
3. El cristianismo, mística para un combate y un orden solidario
 - 3.1. La mística de la confianza en un amor incondicional
 - 3.2. La realidad bajo la mirada del amor incondicional
 - 3.3. Prácticas intempestivas de resistencia y solidaridad
4. Conclusión: la enfermedad y el milagro

Notas

-
-
Durante 1999 *Cristianisme i Justícia* irá dedicando sus Cuadernos a algunos de los retos más urgentes del próximo milenio. La lista probable de estos imperativos será la siguiente:

- *un orden económico más justo;*
- *escuchar lo que dicen los pobres a la Iglesia;*
- *el desafío ecológico;*
- *la igualdad, asignatura pendiente;*
- *la violencia, vergüenza de la humanidad;*
- *el paro: enfermedad crónica;*
- *el tercer milenio como desafío para la Iglesia.*

Comenzamos la serie con este Cuaderno. Su autor reconoce que “ni las iglesias ni el cristianismo tienen en sus manos la solución”. Pero sería equivocado objetar aquello de que “sólo sabemos criticar sin ofrecer soluciones”. Desgraciadamente, el imperativo no está *hoy* en ofrecer soluciones sino en *convencernos de la necesidad de buscarlas*. Cuando estalló la epidemia del SIDA no teníamos ni una solución remota. Pero la presencia de la muerte convenció de la necesidad de comenzar a buscarla (y en pocos años se ha avanzado aquí más que en varios siglos de economía injusta). Si unos 35 o 40 millones anuales de muertes por hambre en un sistema sobreabundante y despilfarrador, no nos convencen de que el sistema está enfermo, ni siquiera comenzaremos a buscar la solución. Y luego será fácil proclamar que “no hay alternativa posible”.

Por lo demás son ya bastantes las voces que, además de denunciar al sistema, están comenzando a buscar soluciones (unas más radicales, otras más inmediatas). El mismo autor del Cuaderno cita algunas en su nota 27.

CiJ • diciembre 1998

1. INTERRUMPIR Y REVERTIR UNA HISTORIA INTERMINABLE DE SUFRIMIENTO

-
-
-
-

“Nosotros, los Miembros de las Naciones Unidas, habiendo convocado un período extraordinario de la Asamblea General para estudiar por primera vez los problemas de las materias primas y el desarrollo, y considerar las dificultades económicas más importantes con que se enfrenta la comunidad internacional, teniendo presente el espíritu, los propósitos y los principios de la carta de las Naciones Unidas de promover el progreso económico y social de todos los pueblos, proclamamos solemnemente nuestra determinación común de trabajar con urgencia por el establecimiento de un nuevo orden internacional basado en la equidad, la igualdad soberana, la interdependencia, el interés común y la cooperación de todos los Estados, cualesquiera

sean sus sistemas económicos y sociales, que permitan corregir las desigualdades y reparar las injusticias actuales, eliminar las disparidades entre los países desarrollados, y garantizar a las generaciones presentes y futuras un desarrollo económico y social que vaya acelerándose en la paz y la justicia.”

Una declaración en falso

Con estas palabras se introducía una resolución sobre “Declaración del Establecimiento de un Nuevo Orden Económico Internacional”, que la Asamblea General de la Naciones Unidas adoptó el 1 de mayo de 1974.

Casi veinticinco años después su lectura invita al escepticismo. La historia posterior la ha convertido en “papel mojado”. Los últimos años de los setenta fueron una tumba para el protagonismo de los países menos desarrollados que habían presentado la declaración. Los ochenta se identifican como “la década perdida” para esos mismos pueblos. Los noventa que están a punto de cerrarse ni han corregido las desigualdades, ni reparado las injusticias, sino que han contemplado, “imposible el ademán”, cómo la brecha de las desigualdades entre los países ricos y los países pobres crecía y crecía sin parar. La todavía reciente celebración del *Año Internacional para la Erradicación de la Pobreza* (1996) tampoco ha servido para aproximarse a un orden internacional más justo y solidario.

Hoy la consecución de este objetivo para las generaciones presentes y futuras está más en entredicho que ayer.

El muro infranqueable de los intereses

La trayectoria de esta interminable historia ha desautorizado con sus hechos la filosofía de la declaración. Y fue así desde el principio. El día 12 de diciembre del mismo año 1974 la Asamblea General de la Naciones Unidas aprobó, en continuidad con aquella declaración, la “Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados” con 120 votos a favor. La unanimidad fue imposible en esta ocasión. Todos los votos en contra (6) y las abstenciones (10) eran de países ricos: por una parte, Alemania Occidental, Bélgica, Dinamarca, Estados Unidos Gran Bretaña y Luxemburgo; por otra, Austria, Canadá, España, Francia, Holanda, Irlanda, Israel, Italia, Japón y Noruega¹.

Aquella solemne determinación común se ha ido convirtiendo poco a poco en desaliento generalizado. Está agotada de tanto chocar inútilmente con ese muro invisible de los *intereses* de los países ricos, que ha resultado más inexpugnable que el berlinés.

Un inquietante desafío

El siglo que se nos va deja tras de sí un inquietante desafío: *¿se convertirá el s. XXI en el Tiempo del Reparto Equitativo de la Riqueza?* No lo sabemos y he de confesar que a veces me temo lo peor. Las voces que diariamente claman más y más en este sentido, parecen hacerlo en

el inmenso desierto de la apatía de la cultura dominante. Parodiando a *Miguel Ángel Asturias*, me atrevería a decir que la globalización de nuestro mundo resulta inmensamente grande para la fatiga de los pobres y se va haciendo paulatinamente más pequeña para su congoja.

Sin embargo, si tomáramos la pregunta como expresión de un anhelo humano, podremos asegurar, sin temor a equivocarnos, que nos encontraríamos con una aspiración compartida por la totalidad de los habitantes de “la aldea global”. Incluidos los neoliberales. Más aún, podremos encontrar bastantes de ellos que dicen que lo son justamente para poder satisfacer ese deseo. Se necesitaría ser cruelmente inmisericorde para no sumarse a una aspiración humana tan noble. Pero semejante unanimidad no nos permite ser excesivamente optimistas en relación con las posibilidades de que nuestros nietos la vean satisfecha.

La mayor parte de las veces los sentimientos humanitarios hacia los pobres son tan buenos como ineficaces. Y la razón es muy sencilla: frecuentemente los sentimientos y los intereses individuales y sociales ni coinciden, ni se ponen de acuerdo en materia de solidaridad. Por eso sucede que muchas de las voces que se rasgan las vestiduras por la desatención pública a una cuestión clave para el futuro de la humanidad, como es la del desarrollo sostenible, manifiesten una notable falta de interés por los pobres de hoy.

Me niego a creer que la razón de este desajuste estribe en que algunos acarician secretamente la idea de que la solución a la pobreza es que se mueran los pobres, aunque haya podido leer en un periódico español semejante cínica propuesta: un burócrata del Banco Mundial parece haber afirmado en Nairobi que la solución de África estaba en las muertes por hambre y Sida, que en 10 años barrerían de miserables el continente africano².

Hay quienes estiman que este tipo de opiniones extremas son más frecuentes de lo que pensamos. Personalmente prefiero tomar en consideración el creciente número de economistas, sociólogos y politólogos que comienzan a pensar que el nivel de desigualdad y pobreza es tal que el planeta puede llegar a su colapso total. En su opinión, la reducción del foso de la desigualdad y el alivio de la miseria de las mayorías empobrecidas *ya* constituyen, juntamente con la cuestión ecológica, los problemas centrales en la próxima fase de revolución industrial. Poco a poco la contundencia de los datos y la insistencia del pensamiento solidario van abriendo paso a la idea de que sólo hay un “nosotros” en la solución a la pobreza y de que buscarla, como si se tratara de un problema de “los otros”, no es ni humanitaria, ni políticamente correcto.

La erradicación de la pobreza y reparto de la riqueza es el gran anhelo utópico que va a guiar esta reflexión. Articularé mi trabajo como explicación de una doble convicción que formularé en forma de tesis.

— **1.** El neoliberalismo es la mayor dificultad con la que habremos de enfrentarnos para convertir el deseo bueno de un Nuevo Orden Económico Internacional en realidad históricamente viable.

— **2.** El cristianismo ofrece una mística, una perspectiva y unas orientaciones prácticas para este combate.

2. EL NEOLIBERALISMO Y EL DESORDEN DE LA POBREZA

Todavía estamos lejos de superar lo que ya se conoce como “*la larga noche neoliberal*” de la década de los 80 (la del reaganismo y el thatcherismo). A pesar de su fracaso (recesión económica, inestabilidad financiera, aumento alarmante del número de pobres, etc.), el neoliberalismo sigue siendo la ideología más influyente del mundo.

Y no nos engañemos, esta doctrina es darwinismo social, “*que exalta la necesidad y conveniencia para el conjunto de la sociedad (y de la especie humana) de que algunos miembros de ella, los mejor dotados y capacitados para la competencia económica, tengan todas las oportunidades de triunfar y sobrevivir en el enfrentamiento de los hombres contra la naturaleza y de los hombres entre sí para mantener el control sobre los recursos creadores de riqueza*”³.

2.1. EL CRECIMIENTO DE EXCEDENTES HUMANOS EN EL INTERIOR DEL SISTEMA MUNDO

El hecho sociocultural más relevante de este final de siglo es el crecimiento de excedentes humanos en el interior del sistema de globalización mundial. El actual sistema de economía de mercado se construye sobre una lógica que sostiene y desemboca en un *mundo dual* de ricos y pobres, en que los deseos ilimitados y las demandas cada vez más cualitativas de una minoría (ricos) terminan por imponerse sobre las necesidades de supervivencia de la mayoría (de pobres).

No es cuestión de volver a repetir datos ya suficientemente conocidos, ni de recordar imágenes que hieren la sensibilidad de cualquier bien nacido. Retengamos simplemente un par de datos.

1. Según el **informe del PNUD** (1996) el Producto Interior Bruto del planeta Tierra gira en torno a los 23 trillones de ptas. Los países desarrollados consumen 18 de ellos y sólo quedan 5 para el 80% restante de la población.

Esta situación mundial de dependencia asimétrica se hace especialmente sangrante si consideramos que alcanza al comercio mundial de alimentos (más de las 2/3 partes de las exportaciones e importaciones mundiales de productos alimenticios corresponden a los países desarrollados), y explica la geografía del hambre. El hambre y la malnutrición de hoy en día no son el resultado de una escasez global de alimentos, sino fruto (al menos, parcial) de las políticas proteccionistas de aquellos países, que han contribuido a crear e incrementar la dependencia alimentaria de muchas zonas crónicamente pobres del Tercer Mundo. Hasta el extremo de que 800 millones de sus habitantes no puedan satisfacer su primera necesidad, alimentarse, y padecen desnutrición⁴.

2. El **reverso de la creciente globalización** de las relaciones económicas y del avance imparable de la *ciencia y la tecnología* lo constituyen los millones de seres humanos que

quedan tirados a un lado del camino, viendo pasar el tren de la prosperidad. Y con ellos muchas y variadas formas de vida (desde los pueblos indígenas y tribales con sus culturas ancestrales, las sociedades campesinas autosuficientes, el artesanado tradicional, las pequeñas empresas familiares, que en total suman miles de millones de seres humanos sobre todo en África, Asia y América Latina), se ven súbitamente destinadas a desaparecer con pocas perspectivas alternativas para su futuro⁵.

Esos enormes contingentes humanos viven atrapados en un círculo auténticamente diabólico, el de *la desocupación y la insolvencia*, que los condena a la marginación social y a la exclusión: como no pueden comprar, no pueden “ser” gente reconocida como tal en la comunidad mundial⁶. La exclusión de la población, no sólo en la periferia del sistema mundo, se hace inevitable. Son los efectos del *huracán de la globalización*, que pasa desde hace más de dos décadas por encima de América Latina, así como pasa por encima del mundo entero⁷.

2.2. EL CATECISMO NEOLIBERAL

Mientras crece todo este panorama de inhumanidad, resultado de lo que F. Fernández Buey denomina “*la barbarie de los nuestros*”⁸, no deja de escucharse el conocido sonsonete del catecismo neoliberal, a saber: que resulta insensato y trasnochado esperar ya cambios cualitativos en el sistema mundial de mercado, y que ahora únicamente toca propiciar los ajustes y los encauzamientos que exija la mejoría en su funcionamiento, con tal de no interferir sistemáticamente en él.

Se ha decretado “*el fin de la historia*” (F. Fukuyama). En el coro conservador hay voces que reclaman el concurso de los valores morales con el fin de mitigar los efectos indeseables de una competitividad basada en el exclusivo criterio del beneficio, y formalizar la evidencia de que no hay democracia ni libertad sin unos mínimos de cohesión social.

Entre ellas se encuentra la del conocido banquero español y destacado miembro del Opus Dei, R. Termes. Según su opinión el capitalismo dará todos los frutos que cabe esperar de él, si en lugar de intentar corregir coactivamente su funcionamiento, impulsamos la mejora del sistema ético•cultural y del jurídico•institucional en los que el económico se encuadra, para adecuarlos a una antropología basada en la naturaleza y valor del hombre como ser racional y libre. El reto y el esfuerzo consisten en hacer real la yuxtaposición, dentro de la mutua independencia, del sistema económico liberal y de un *sistema de valores* anclado en *normas permanentes y objetivas* desde el punto de vista moral y racional⁹.

Se trata de una posición muy semejante a la postulada por los neoconservadores norteamericanos.

El dinero, motor de la historia

Estamos ante una de las mentiras implantadas por la ideología y la praxis neoliberal.

Esta posición ignora u oculta que la mutua independencia de los sistemas no es posible. Más aún, que el sistema económico ha colonizado el ético•cultural hasta el punto de que “el monoteísmo del dinero” y el “mito del crecimiento económico” ha invadido todos los ámbitos

humanos (la vida privada, el trabajo, la vida política, etc.), aunque no sean capaces de otorgar la felicidad que prometen, ni siquiera a sus beneficiarios.

El dinero se ha convertido en el motor de la historia, de una historia inhumana, por supuesto. Hace tiempo que dejó de ser un instrumento de intercambio para convertirse en depositario de un valor que garantizaba la satisfacción de las necesidades futuras (la atención de una enfermedad o de un siniestro imprevisible, la educación de los hijos, los cuidados de la ancianidad, etc.). Pero en nuestra cultura de la satisfacción funciona principalmente como *depositario de sentido* (otorga reconocimiento y salvación, es decir, existencia real y posibilidad de satisfacer los deseos todavía inimaginables del futuro) a quienes lo acumulan o pretenden hacerlo de modo ilimitado: los ricos y los poderes financieros.

No veo otra razón para que sus propietarios estén dispuestos a sacrificar por él todos los demás valores: en el ámbito privado la salud personal, pero también la paz mundial¹⁰ y la dignidad y la vida de millones de empobrecidos de la Tierra¹¹. Paradójicamente solamente los pobres (esos 3.000 millones de personas que sobreviven en el mundo con menos de dos dólares diarios¹²), que están privados del depósito (el dinero), lo contemplan como *depositario de un valor*, capaz de satisfacer sus muchas necesidades (comida, bebida, habitación digna, educación básica, etc.).

2.3. LA CRUELDAD DE LA ECONOMÍA DE MERCADO

El enfoque de regeneración moral de la economía de mercado resulta necesario para paliar algunos de los desmanes de “este orden necrófilo”, pero totalmente insuficiente para corregir sus causas (¡cuidado con no confundir economía de mercado con mercado!, pues no son sinónimos por mucho que se empeñe el neoliberalismo). La fisonomía de la economía de mercado, tal como se practica el día de hoy, posee aquellos rasgos que suscitan el juicio absolutamente negativo del *Juan Pablo II* y no los que integran la hipótesis pontificia sobre el capitalismo “bueno”¹³.

Un capitalismo sin rostro humano

El marco institucional y jurídico de los Estados y de las organizaciones supraestales en lugar de ser instancia de garantía de la libertad integral de los ciudadanos del mundo, funciona como instancia de globalización en orden a facilitar los flujos de mercancías y capitales y a fomentarlos por medio de subvenciones inmensas que ya superan las efectuadas por el Estado social¹⁴.

Los *mecanismos* del mercado global –como ha recordado el magisterio pontificio– funcionan de modo casi automático haciendo cada vez más rígidas cada una de esas situaciones de pobreza y riqueza (SRS 16c). Su lógica interna favorece un modelo de *desarrollo vicario* en el que los ricos ejercen la función de representar a toda la humanidad en el disfrute de los bienes materiales de la creación¹⁵, y en el que se considera normal que nazcan y mueran en la miseria millones de hombres y mujeres. Sus razonamientos ni se conmueven frente al hambre de las

multitudes, ni experimentan el escándalo frente al desamparo de la pirámide creciente de excedentes humanos del sistema. El sistema no tiene corazón y “presupone una mística cruel del desempeño y del culto a la eficiencia”¹⁶.

Introducir un debate sobre capitalismo “bueno” *versus* capitalismo “malo” me parece estéril. Tampoco me referiré a la conocida (y burda) utilización de la simbología cristiana para legitimar el capitalismo democrático (M. Novak) o al intento de búsqueda de las raíces cristianas de la economía de libre mercado¹⁷, que de todo hay en la viña neoconservadora.

Pero sí quiero manifestar que la lucha por la vida de los pobres y la contribución a la viabilidad histórica del reparto equitativo de la riqueza del mundo (esta porfía sí me parece fecunda) pasa por la resistencia a la ideología neoliberal y que esta beligerancia comienza por la percepción clara y la comprensión rigurosa de su naturaleza.

2.4. EL NEOLIBERALISMO COMO “RELIGIÓN”¹⁸

En este sentido solamente quisiera alertar sobre una característica del neoliberalismo, el *fundamentalismo* o *fanatismo económico*¹⁹ de su ideología del mercado, que ha dado lugar a que se pueda hablar de él como de una “religión”²⁰.

El proceso intenso de mesianización del mercado y la proclama de un evangelio triunfalista que descalifica cualquier otra alternativa distinta a la neoliberal²¹ son dos de las manifestaciones del *integrismo economicista*, que reclama para sí fe en el valor absoluto de sus propuestas económicas y exige la aceptación ciega de todas las reglas que extraen de su doctrina los que se pretenden los auténticos depositarios de “esa revelación”. “*El admitir como verdades absolutas las proposiciones de los economistas es pasar de la economía –que es una disciplina científica entre otras– al economismo, que resulta un integrismo tan devastador como los integrismos religiosos*”²².

La fe neoliberal vs. el peso de lo real

Nada importa que, desde hace veinticinco años, todos los informes mundiales vengán denunciando el carácter mitológico de la “fe” neoliberal. A saber: que a mayor acumulación económica [*crecimiento*] corresponderá una mejor distribución de las riquezas y una mejoría en la vida de los pueblos pobres [*desarrollo*], y que a mayor *eficiencia* económica mejor *legitimación* del sistema. Ni importa, que más concretamente, se apunte que “*el peligro hoy en día no proviene del pesimismo malthusiano (el temor a que el crecimiento de la producción alimentaria no vaya parejo al de la población), sino del optimismo malthusiano (la falsa creencia en que si solucionamos el problema de la producción de alimentos habremos resuelto el problema del hambre)*”²³. En todo caso los neoliberales seguirán erre que erre en sus trece, o sea, en su fe.

<%•6>Bajo pretextos de “modernización”, “realismo”, “responsabilidad” afirman el carácter inevitable de los procesos en curso, acusan de capitulación intelectual y expulsan a las tinieblas de lo irracional a todos aquellos que se niegan a aceptar que “*el estado natural de la sociedad es el mercado*”²⁴.

Parapetados tras la complejidad hermética de las leyes económicas, que “los profanos” no alcanzaremos a entender jamás, hacen oídos sordos a quienes desde su misma comunidad científica les descubren falacias en las ciencias económicas²⁵, e ignoran a quienes desde otras disciplinas denuncian sus límites epistemológicos²⁶, proponen una nueva y más equilibrada visión de la economía o simplemente hablan de alternativas al capitalismo²⁷.

2.5. EL OPIO CAPITALISTA DEL PUEBLO

A través de los más poderosos medios de comunicación de masas y de eficacísimos mecanismos de persuasión, sostenidos y controlados por la ortodoxia económica, van introduciendo “el opio capitalista del pueblo” y así terminan por impedirnos percibir unos principios muy sencillos, pero falsos, de funcionamiento, que finalmente no me resisto a transcribir en la clarividente versión de J. M^a Tortosa. A saber:

- 1. *La economía puede y debe crecer indefinidamente;*
- 2. *Si la economía crece, todos mejoran;*
- 3. *Si cada cual busca su propio bien, una mano invisible (el mercado) logrará lo mejor para todos;*
- 4. *El mercado permite la distribución óptima de bienes y precios más ajustados;*
- 5. *No tiene sentido plantearse las cosas a largo plazo ya que el sistema necesita que el beneficio se haga efectivo de inmediato;*
- 6. *El papel de los seres humanos es dominar la naturaleza, ponerla al propio servicio...*

Todos esos principios son falsos ya que: 1) hay límites al crecimiento; 2) la economía puede crecer y, al mismo tiempo, crecer el número de parados y pobres; 3) el ir cada uno a la suya suele suponer que los más débiles quedan aplastados en esa lucha darwinista; 4) ese mercado de Adam Smith no existe ya que hay mucha información privilegiada, mucho poder, muchas relaciones personales que hacen que los participantes en el mercado... sean muy desiguales entre sí y que, al final, sólo muy pocos se aprovechen realmente; 5) plantear las cosas a corto plazo puede impedir incluso la supervivencia en el futuro; y 6) prescindir de la naturaleza es suicidarse como especie.

Si, a pesar de todo, aceptamos aquellos principios es porque son necesarios para que: 1) se enriquezcan los ricos de los países ricos; 2) se enriquezcan los ricos de los países pobres; y 3) se resignen los demás.

Y para resignarse, nada mejor que: 1) pensar que las cosas son como son porque así son de su natural (la naturaleza humana es egoísta, todos buscan maximizar su placer, etc.); 2) aceptar los principios porque son muy racionales (para lo cual nada mejor que las ciencias económicas y el derecho administrativo... o el marxismo); y 3) no plantearse problemas que pongan en entredicho la estructura de poder entre países (ricos y Tercer Mundo) y dentro de los países (ricos y pobres).

En definitiva, ser un tecnócrata de los muchos que velan por nuestro bien, de los que no se venden, pero sí se alquilan. Por supuesto, al bando vencedor²⁸.

2.6. NO DEMONIZAR EL MERCADO

Afirmado todo esto, hemos de ser capaces de sortear el riesgo de demonizar el mercado. Este peligro es muy real y muchísimos discursos y prácticas cristianas progresistas no han sabido evitarlo, precipitándose “bellamente” en el arrecife de la ineficacia histórica.

Es cierto que el mercado no es una “chistera” de la que surgen realidades humanas gracias al influjo de la varita mágica de la libre competencia. Pero el mercado como institución y la razón económica como herramienta nos son absolutamente imprescindibles para luchar eficazmente contra la pobreza del mundo y posibilitar una vida digna a la mayor parte de la humanidad.

“Nos equivocariamos si redujéramos el significado del mercado a su dimensión económica; en él se reconoce el emblema de la libertad individual y de las instituciones de libre adhesión; es el símbolo de las virtualidades democráticas”²⁹.

Pero del dicho al hecho hay un enorme trecho que recorrer. Esas virtualidades están cautivas y necesitan ser liberadas para convertir el mercado en un escenario de la solidaridad y la justicia en libertad. Ello exige no solo una urgente redistribución de las rentas y de la riqueza, sino también una transformación del sistema productivo que la haga factible y profundas reformas en la estructura económica y política.

Pero, ¿seremos capaces de sustituir la actual lógica “sacrificial” del sistema (en favor de los intereses de unos pocos privilegiados y a costa de la vida de las mayorías pobres) por la de la solidaridad compasiva (en contra de los intereses de los primeros y a favor de la vida de todos)? ¿Conseguiremos ponerlo al servicio de una humanidad realmente fraterna y no victimaria? ¿Sabremos sustituir la fuerza hegemónica de la globalización del mercado por la de la *globalización de la solidaridad*?³⁰. En esta incertidumbre se encierra el principal problema de *toda* la humanidad.

En estas circunstancias ser conservador implica aceptar la condenación, la exclusión y hasta la muerte de la gran mayoría de la humanidad, que ha quedado fuera de la modernidad y de sus beneficios³¹.

3. EL CRISTIANISMO, MÍSTICA PARA UN COMBATE Y UN ORDEN SOLIDARIO

Ni las iglesias, ni el cristianismo tiene en sus manos la solución. Sin embargo son portadores de una “conciencia excedente”, nacida de su confianza en que las posibilidades inéditas e

inauditas de Dios son viables en la historia.

Esta convicción es fuente de resistencias a la complicidad con el espíritu del tiempo (*el entreguismo* como consecuencia del espesor del presente), y de sueños emancipatorios que fuerzan a ir siempre más allá y a sobrepasar el sistema económico vigente, sustituyéndolo por otro que haga factible la vida de los pobres.

Desde la perspectiva de los pobres la fe descubre la presencia de Dios del lado de los sacrificados y se niega a aceptar que la lógica que los excluye sea la lógica que tiene la razón.

Pertrechado de este modo el cristianismo ha de estar dispuesto a introducirse (como palabra y espíritu) en las intrincadas condiciones de nuestro mundo para transformarlo en favor de la justicia y la vida.

3.1. LA MÍSTICA DE LA CONFIANZA EN UN AMOR INCONDICIONAL³²

Sin fe no se puede transformar el mundo

La humanidad clama por un sentido o por un nuevo orden mundial que no parece posible.

Sin embargo “*conocemos todo lo que prácticamente se puede conocer del funcionamiento de las economías. Sabemos cómo eliminar el hambre. Sabemos cómo crear empleo. Sabemos cómo se puede redistribuir la renta. Sabemos qué es lo que sucede con los económicamente inútiles. Tenemos los conocimientos y los deseos. Sólo falta el poder*”³³.

Si “poder es querer”, podríamos decir: sólo nos falta “querer”. Pero la cuestión es mucho más compleja. La conversión de “este querer” en “poder” cultural, económico y político reclama algo más hondo que la voluntad moral. Hoy nos afanamos por dar con aquella *motivación* que sea capaz de sostener ideales colectivos altruistas entre los poderosos ciudadanos de “la cultura de la satisfacción”, y de disponerles a pagar libremente el alto precio que les acarrearán hacer efectivo ese “querer”: la renuncia a sus deseos ilimitados en favor de las necesidades básicas de las mayorías pobres (comida, bebida, salud, vivienda, trabajo, educación, etc.).

Cuando se piensa a partir de los deseos no hay límites, se busca lo ilimitado. Y cuando se desea lo ilimitado nunca sobra nada para repartir, siempre falta³⁴.

En esas condiciones *compartir solidariamente con los pobres se convierte en un querer imposible*. He aquí el gran obstáculo: falta la fuerza de una gran convicción que permita cambiar a la óptica de la necesidad, y, ya se sabe, sin fe no se puede transformar responsablemente el mundo.

El miedo a la muerte, energía solidaria

Las amenazas objetivas que la actual situación mundial encierra son de tal magnitud que han comenzado a afectar también y seriamente los intereses de los poderosos y de los países centrales. Este cambio de situación ha convertido nuestros problemas finiseculares (pobreza, ecológico, la amenaza del caos, etc.) en relevantes para ellos. “*El miedo guarda la viña*” de la humanidad, se ha comenzado a pensar. Nada con mayor poder para salvaguardar la vida que los intereses o el amor propio. Y así se anuncia a toda página en los diarios de mayor difusión

de algunos países del Norte.

El prestigioso intelectual francés, E. Morin, también se ha sumado a esta corriente. Sugiere una (nueva) religión sin dioses, pero con un sentimiento místico y sagrado, abierta a la compasión y portadora de un evangelio de la perdición. La humanidad constituye una comunidad de destino de muerte y nuestro pequeño planeta perdido es nuestra “*nuestra Tierra•Patria*”. Esta necesidad se convierte en la mejor virtud para actuar moralmente y evitar que la muerte sobrevenga *antes de tiempo*. De la certeza de no poder escapar de la perdición y del redescubrimiento del planeta Tierra como techo, casa y patria de la Humanidad emerge la necesidad de una “*fuerza comunicante y comulgante*” de “*religación entre los humanos*”, que con el esfuerzo fraterno común evite el desastre de la muerte prematura de la humanidad (lo peor), y prosiga (lo mejor posible) la hominización y la civilización de la tierra³⁵.

Que el miedo a la muerte prematura universal, o su versión menos descarnada del amor propio, sean capaces o no de producir esa prometida religación entre los humanos o una afirmación de la vida que alcance también a quienes masivamente la pierden hoy antes de tiempo, es algo que está por ver, pero no seré yo quién desautorice esas propuestas. Sobre todo porque, al haber surgido en un espacio culturalmente cristiano, ponen en evidencia la falta de capacidad solidaria del cristianismo *vivido* y plantean la urgencia de la vuelta a un cristianismo *vivo*.

La mística del cristianismo vivo

Éste sí posee capacidad energética para establecer una “*religación*” solidaria entre todos los seres humanos, y puede suscitar entre sus fieles algo así como una *solidaridad vicaria*, es decir, una disposición democrática a desvivirse o a perder anticipadamente (mucho de eso que configura lo que habitualmente se llama la buena) vida con el objetivo de construir el hogar común de la Humanidad.

La tradición cristiana habilita para la entrega de la propia vida en la lucha por erradicar la pobreza del mundo. La explicación no ha de buscarse –como E. Morin y muchos cristianos con él creen– en la promesa de la recompensa de la resurrección. La motivación cristiana más eficaz para ese tipo de proexistencia es un Dios que es Buena Noticia para los pobres. Tampoco sus imperativos morales y su talante fraternal constituyen –como apuntan muchos de los patrocinadores de la reorientación solidaria de los países ricos– su aporte más radical. Su recurso más decisivo es la posibilidad que ofrece de construir la existencia personal y colectiva desde la confianza en un Dios Amigo de los seres humanos.

La religión cristiana entrega una forma de estar presente en la realidad y de enfrentarse con ella, cuyo desencadenante fue la historia fraterna de Jesús de Nazaret. Su inspiración solidaria brota de un sentido de la realidad del mundo, que el Gran Samaritano de la humanidad doliente (cf., Lc 10, 25•37) encontró sembrado en la finca de la historia (cf., Mt 13, 3•23), comunicó a los hombres (cf., Mc 1, 15) y valoró como un hallazgo tan precioso que aún la mayor de las renunciaciones para adquirirlo no impide hacer el más barato y seguro de los “negocios” (cf., Mt 13, 44•46).

La convicción fraterna y solidaria de Jesús vive y se regenera permanentemente en la experiencia del advenimiento del Reino de Vida, cuyo origen se encuentra en la proximidad de

Dios que le hace Hijo y en su compromiso con la vida de los pobres, sus hermanos (cf., Mt 11, 2•6). Dios irrumpe como posibilidad de una vida humana plena de alcance universal, pero ésta va brotando como realidad desde la atención a las necesidades históricas de “los•sin•vida” de la tierra. Los pobres y su causa son el lugar dónde Dios ha depositado definitivamente su gloria vivificante. Jesús, tomando la condición de los pobres y haciéndose uno de tantos (cf., Fp 2, 7), se la devuelve al Padre procurando que la vida entre ellos cunda sobreamplamente.

Jesús tuvo que enfrentar el abismo de la muerte y asumir la incertidumbre que provocó el fracaso de su causa fraterna. El poder de un sistema idolátrico, antitético a su pretensión, parecía derrotarla definitivamente. Pero entre la lógica de la desesperación o la de la resignación que parecían inesquivables, eligió otra alternativa: morir como había vivido, abandonando confiadamente su causa y su propio destino personal en las manos del Dios Amigo (cf., Lc 23, 46).

Desde entonces un rumor en torno a Él ha recorrido la historia: Dios le ha devuelto la vida (cf., Hch 2, 23•24; 3, 13•15) y este acontecimiento en forma de Promesa tiene alcance universal (cf., Hch 2, 39). Su resurrección anuncia que el de Jesús es el “último sacrificio”.

Una historia nueva ha surgido en la que todas las necesidades humanas pueden ser satisfechas. Ha irrumpido el tiempo mesiánico de abundancia para los pobres y de gracia para las víctimas. La cercanía del Dios de vivos (cf., Mt 22, 32) abrió así una brecha definitiva en la fatalidad del circuito de la muerte e impidió que la realidad se pueda declarar absurda por no poder desembarazarse de ese destino ruinoso. ¡El Dios amigo de la Vida (cf., Sab 11, 26) es Mayor que la perdición!

El “poder” solidario de la confianza

Cuando el cristianismo proclama y vive de esta convicción no “está mirando para otro lado”. Cuando la celebra no lo hace para distraer el miedo que le produce el zarpazo inevitable de la muerte. Cuando propone el amor a los hermanos como su verificación histórica (cf., 1 Jn 3,14) no está incitando a “la fuga hacia adelante”. Simplemente quiere dar cuenta, sin ningún tipo de fanatismo, de lo que “ha visto” desde la perspectiva de Dios.

La situación de una Humanidad sujeta al egoísmo y sometida a la muerte se puede contemplar con dolor pero sin impotencia, con las señales de derrota pero sin los síntomas de la resignación, porque *el don* del Espíritu ha inaugurado para ella un régimen nuevo de filiación y de fraternidad.

Consecuentemente se puede ser consciente del fracaso de la razón y de la supuesta bondad de la libertad de la especie humana y, al mismo tiempo, abrigar la esperanza en sus posibilidades de fraternidad, porque ha sido liberada por el Espíritu de Jesús de la decadencia para alcanzar la gloria de los hijos de Dios; se podrá escuchar los gritos de los pobres y compadecer los sufrimientos de la creación y percibir en todo ello los lamentos y los dolores del Espíritu de Dios en su difícil parto de la nueva creación. El secreto consiste en aceptar la invitación a abismarse en el Misterio Absoluto de Amor que es Dios (cf., Rom 8, 1•35).

En el cristianismo la fuerza para la religación entre los humanos no nace del temor a la muerte prematura, sino de la confianza en la Vida plena. Los vínculos de la fraternidad no

brotan de la constatación de estar irremediablemente perdidos, sino de la experiencia agraciada de vivir indestructiblemente hermanados “en buenas manos”. El impulso para compartir la suerte de los pobres no surge del problemático reconocimiento de la Tierra como casa común, sino de la intuición creyente de que el hogar de todos tiene ya suelo firme donde construirse: el regazo de Dios.

El estímulo para la solidaridad compasiva no se recibe del ideal de convertir nuestro planeta en puerto de salvación, sino de la revelación de que Dios ha creado la Humanidad para que sea comunión fraterna de felicidad y vida *ya* en la Tierra, la casa solariega de los hijos del Padre, y la ha destinado a la plenitud de la patria trinitaria.

La confianza ilimitada que el Amor Incondicional provoca un “poder” descomunal de fraternidad y constituye la fuente más profunda de recursos energéticos para pensar y actuar solidariamente.

3.2. LA REALIDAD BAJO LA MIRADA DEL AMOR INCONDICIONAL

El cristianismo no patrocina ningún viaje gratuito al Olimpo de los dioses, sino una “*mística de ojos abiertos*” (J.B. Metz) que dilata, como si de un colirio se tratase, las pupilas de los ojos para ver (cf., Apoc 3, 18) y llorar el horror tremendo del infierno de la pobreza. El cristianismo participa así de la perspectiva de la mirada del Amor Incondicional, que desvela la mentira de la realidad y revela sus oportunidades históricas.

Mesianización e idolatría del mercado

La ideología neoliberal tiende a hacer del mercado un absoluto y a convertirlo en método y fin que gobiernan las relaciones de los seres humanos. El anuncio jubiloso de la victoria de la economía de mercado se ha acompañado de la promesa de consuelo para los países pobres. El mercado ofrecía el final de su vasallaje a condición de que aceptasen sus reglas de juego. El sonsonete del oráculo del nuevo orden ha resonado sin descanso y por doquier. Multitud de voces gritan:

¡En el desierto de la pobreza preparad un camino al libre mercado, allanad una calzada para nuestro `dios'; que se tomen medidas necesarias de ajuste. Aquí está vuestro `dios'!

Mirad, el mercado llega con poder y su brazo manda. ¿Quién, como él, midió la asignación de los recursos productivos escasos de forma que la producción alcanzara la máxima posible y fuera la más adecuada a las necesidades de la sociedad? ¿Quién abarcó la sabiduría del dios•mercado y como consejero suyo le enseñó? ¿Con quién se aconsejó, quién le explicó y le enseñó la ciencia de la productividad y el camino de la racionalidad económica le mostró?

Las naciones son nada ante él, valen lo que el polvillo de la balanza de pesar. La vida de los pueblos pesan en sus decisiones lo que un grano y sus recursos humanos y

naturales no bastan para su holocausto. En su presencia todos los gobiernos de las naciones son como si no existieran.

Esta profecía sólo es una burda falsificación de la del profeta (cf., Is 40, 10•17). Los resultados de las políticas económicas evidencian que, a diferencia del Dios de Vida, el “dios•mercado” ni trae consigo salario a los países pobres, ni le precedió su recompensa, ni alivió siquiera la deuda externa, sino todo lo contrario: en lugar de dirigir, tratar con cuidado y llevar solidariamente en su seno a esos pueblos hasta la tierra de la libertad y de la vida, los humilló, los hirió y los condujo al degolladero, convirtiéndolos en la figura histórica del Siervo de Dios anunciado por el viejo profeta (cf., Is 52, 1•12). Estamos instalados en el combate contra la idolatría.

La reciente historia de la economía de mercado muestra cómo la legitimación incondicional y absoluta del sistema ha reforzado y blindado su tendencia idolátrica. En nombre de una necesidad racional “científica” se ha ignorado la existencia de bienes que, por su naturaleza, no son ni pueden ser simples mercancías, se ha construido el mercado, de espaldas a la hipoteca social de la propiedad privada, como un escenario exclusivo para los beneficios y los capitales y sin control de las fuerzas sociales y de los gobiernos. El resultado final son los sacrificios humanos. El número de pobres ha aumentado alarmantemente y su situación de humillante dependencia se ha agravado con el paso el tiempo.

Esta nueva religión, revestida de carácter científico y secular, es incapaz de aceptar que *exista algo que le sea debido al hombre porque es hombre*. Sus productos solamente son *vendibles*. Están pensados para satisfacer exclusivamente necesidades *solventes*. Consecuentemente el (mal llamado) libre mercado se convierte en un instrumento ineficaz para colocar recursos y responder eficazmente a necesidades de la mayoría de la humanidad. A los pobres – insolventes en el mercado– no se les ofrece ninguna posibilidad real de sobrevivir y de participar activamente en el bien común de la Humanidad: su presente y su futuro es la muerte³⁶.

Las iglesias, en la medida que recuperen su tradición “no•sacrificial” y revitalicen la del amor al prójimo³⁷, se encontrarán denunciando la falsedad de este ídolo de muerte, y serán llevadas por “el celo de la casa (*oikos*) del Dios de Vida” a combatir contra su poder y en favor de una sociedad mundial, en la que los pueblos pobres puedan sentarse como iguales en la mesa común de la humanidad y compartir las decisiones con los grandes del mundo. El sistema idolátrico hace que estas prácticas cristianas sean arriesgadas y suele encargarse de que sus actores terminen crucificados de modos diversos.

Ese es el precio pagado por un sinfín de historias contemporáneas de hombres y mujeres que han querido caminar por la vida “*con la potencia de la verdad acerca del hombre y del mundo, contenida en el misterio de la Encarnación y de la redención*” y “*con la potencia del amor que irradia de ella*”³⁸.

El tema de la idolatría y el de la opción por los pobres me parecen decisivos para la evangelización. Ambos condicionan estrechamente el anuncio de Jesucristo Vivo y el encuentro personal con Él. Los pobres, su perspectiva y su experiencia, su esperanza de salvación y de liberación, son el criterio de toda palabra y acción auténticamente cristianas³⁹.

Y por ello no alcanzo a entender la ausencia del primero y la falta de entidad del segundo en tantos y tantos documentos oficiales como nos alertan sobre la necesidad y los retos de la Nueva Evangelización en los umbrales del Tercer Milenio⁴⁰.

El pecado estructural

La praxis del sistema económico hace más plausible el reconocimiento de la existencia de estructuras de pecado. Desde hace algunas décadas la teología viene hablando en este sentido. Juan Pablo II ha alertado sobre su naturaleza.

Tras analizar la situación de extrema pobreza en que vive gran parte de la humanidad, afirma que todo eso no sucede por responsabilidad de las poblaciones indigentes, ni mucho menos por una especie de fatalidad dependiente de las condiciones naturales o del conjunto de las circunstancias, sino por la existencia de mecanismos económicos, financieros y sociales que acumulan riqueza en unos lugares y empobrecen a los restantes. Esos mecanismos generan *estructuras de pecado* que provocan muerte en sus más variadas versiones⁴¹.

Por supuesto, pérdidas millonarias de vidas humanas, pero también otras situaciones de mortandad.

— Multiplicación de masas urbanas sin trabajo o que subsisten en empleos inestables y poco productivos;

— Quiebras de miles de pequeñas y medianas empresas que abortan además la capacidad de los agentes sociales de interactuar socialmente;

— La movilidad y la presión laboral que convierten en residual el tiempo familiar y vecinal del trabajador y hieren sus lazos primarios de relación;

— El desplazamiento forzado de poblaciones campesinas e indígenas que hace vulnerable y destruye sus tradiciones culturales y espirituales;

— La pérdida de conciencia democrática como consecuencia del despilfarro de los ricos, el crecimiento de la desigualdad y el escándalo de la corrupción, el aumento de la criminalidad y de la violencia urbana provocada no pocas veces por el hambre y la desesperación más profunda;

— La expansión del narcotráfico basado en productores campesinos, cuyos productos tradicionales han quedado fuera de la competencia del mercado;

— Desaparición de la seguridad alimentaria;

— Desestabilización de las economías nacionales por los flujos libres de la especulación internacional;

— Desajustes en comunidades locales por proyectos de empresas multinacionales que prescinden de los pobladores, etc⁴².

Estamos ante la lógica sacrificial de un sistema de muerte. La mirada de Dios revela su carácter de pecado estructural. Dios prohíbe al cristianismo que se refugie en una concepción puramente personal del pecado y de la conversión, y que mantenga una mirada inocente o ingenua frente a la realidad económica. Desde la perspectiva divina la bondad de un sistema económico no depende ya de que sea un espacio de libertad, sino que se mide por la manera solidaria o no de producir sus resultados (la cuestión de la distribución de la riqueza), aunque estos sean menos espectaculares desde el punto de vista de la eficiencia productiva.

Una iglesia que se tome en serio “*la mistagogía de la conversión, de la comunión y de la solidaridad*” ha de aprender a practicar la ley de vida de Jesús, su Mesías y Señor: quitar el pecado del mundo pasa por cargar con el pecado del mundo. De aquí que el cristianismo reivindique el sentido humano de entregar la vida y la libertad en favor de la gestación de un nuevo modelo económico.

La experiencia de vivir permanentemente bajo la mirada benevolente de Dios le permite saber que el “ser•con” y “el ser•para” es la primera verdad de todo ser humano con independencia de su calidad ética. La auténtica condición humana se despliega en la *proexistencia*, es decir, en la renuncia al desarrollo de la propia voluntad de poder, que lleva fatalmente a la negación o a la asimilación del otro, y en el arte de *dejar y abrir sitio al otro*, al extraño, al no•solvente (diríamos en términos económicos).

Es en este ejercicio donde la libertad humana alcanza su más plena expresión. Si la libertad humana no debe entenderse de ninguna manera como *libertad para la coacción*, tampoco su verdad radical responde al paradigma del liberalismo económico: la *libertad de determinación*. Una libertad así concebida se ha manifestado históricamente incapaz de superar la lógica del dominio y de la posesión. La sabiduría cristiana habla de la libertad como *libertad de comunión*, como capacidad de determinarse en apertura al otro y religación con el otro: el hombre es cabalmente libre, cuando asume la condición de guardián de su hermano o de buen samaritano.

La historia bajo la promesa

En plena oscuridad histórica la mirada del Dios de Vida da paso al presentimiento de la posibilidad de un futuro nuevo para los pobres. La Promesa de Dios no está medida por la capacidad de las esperanzas humanas.

Esta gratuidad inaudita orienta permanentemente la esperanza cristiana en orden a reconocer que la realidad ya está marcada con la impronta del Evangelio, y le invita a explorar y explotar al máximo el rico filón de lo todavía inédito, pero ya viable de la utopía de la ciudadanía universal. El cristianismo es una fe siempre abierta en las posibilidades de la historia, que se opone tenazmente a cualquier conato de interpretarla de modo optimista.

Crear en la proximidad del Reino de Dios es dejarse encantar por la Promesa de que esta historia también en las puertas del s. XXI puede dar de sí algo diferente y alternativo (es decir, que puede revertirse). Creer en el don del Espíritu es recobrar la libertad de disentir de la opinión mayoritaria (“sólo podemos aspirar a ir tirando”) y romper con la evidencia común (“el futuro que nos aguarda será más de lo mismo”).

En medio de esta sociedad amnésica y postmoderna el cristianismo despierta la *memoria* colectiva de las causas que ayudaron a vivir y morir con dignidad en el pasado, recupera sus esperanzas y alienta la resistencia crítica contra las fuerzas de la barbarie. Modestamente intenta aportar un granito de arena a la construcción de una cultura de la participación y de la solidaridad. Esta fe cristiana es capaz de suscitar hombres y mujeres, expertos en la ética herida de la compasión, diestros en la promoción de una acción social de resistencia que convierta en realidad parcial y anticipativa el mundo alternativo que seguimos soñando con el Dios de la Promesa.

Seguramente todas sus realizaciones “*son cosas chiquitas* –como diría Eduardo Galeano–. *No*

acaban con la pobreza, no nos sacan de la espiral de la violencia, no socializan los medios de producción y de cambio, no expropián las cuevas de Alí Babá. Pero quizá han tenido la capacidad de desencadenar la alegría de hacer y de traducirla en actos. Y al fin y al cabo, actuar sobre la realidad y cambiarla, aunque sea un poquito, es la única manera de probar que la realidad es transformable” ⁴³.

Fuera de los pobres no hay salvación

Todavía somos muchos los que seguimos pensando que a pesar de sus cantos de victoria, dentro de la economía de mercado no hay salvación. Nos resulta “*inaceptable*, repetimos con Juan Pablo II, *la afirmación de que la derrota del socialismo deje al capitalismo como único modelo de organización social*”. Preferimos afirmar, otra vez con Galeano, que “*el socialismo no murió, porque todavía no era*”, y creer con él que “*hoy es el primer día de la larga vida que tiene que vivir*”⁴⁴.

Pero además la “forzosidad” de los hechos y la terquedad de la realidad muestran que sin los pobres no habrá salvación. Como he repetido en otras ocasiones, el drama de ese humanismo idólatra, devaluado, indoloro y apático que nos envuelve, consiste en querer organizar la sociedad “*etsi pauper non daretur*”, sin percatarse de que “*exta pauperes nulla salus*”⁴⁵.

Vincular el futuro de la humanidad al destino de los pobres se ha hecho una necesidad histórica, que el neoliberalismo no sabe o no quiere reconocer y por ello mismo sus propuestas de futuro no hacen camino, sino que encierran a la Humanidad en las aporías del presente. La sabiduría cristiana no puede menos que percibir a los pobres y su liberación como una oportunidad histórica de salvación para toda la humanidad⁴⁶. Ella sabe que la salvación escatológica del Dios de Vida está vinculada a su destino y a su causa.

3.3. PRÁCTICAS INTEMPESTIVAS DE RESISTENCIA Y SOLIDARIDAD

El cristianismo, lo hemos visto, suministra “razones” para ponerse al servicio de lo inolvidable: la historia interminable de las víctimas. Dios mismo ha convertido la cuestión de la responsabilidad con el prójimo en la cuestión religiosa por antonomasia. La misión del cristianismo en el mundo estriba en aceptar al pobre como *un absoluto* al que se le debe un amor ilimitado e incondicional como a Dios mismo y hacerse su súbdito. La cuestión de la salvación no consiste ya en buscar un Salvador y reconocerlo como tal, sino en preocuparse de aquellos que padecen necesidad y reconocerlos como alguien que tiene derechos sobre nosotros (cf., Mt 25, 31•46)⁴⁷.

Pero, dada la identidad y la resistencia del sistema de globalización neoliberal, ¿cómo podrá el cristianismo configurar efectivamente su servicio a las víctimas? La respuesta es muy amplia y seguramente nos llevaría mucho más lejos –en tiempo y espacio– de lo que permite este trabajo. Me limitaré a sugerir algunas cuestiones.

Estilos solidarios de vida e Iglesia de los pobres

El cristianismo vivo es memoria viviente, conflictiva y subversiva de las víctimas del sistema. Una religión al servicio de lo inolvidable ha de saber configurarse como interrupción crítica de la lógica sacrificial dominante. El proyecto de Nueva Evangelización que se marca como objetivo alcanzar una civilización del amor, en palabras de Juan Pablo II, debería tomarse muy en serio las reflexiones proféticas de Ignacio Ellacuría sobre *la civilización de la pobreza*⁴⁸, para no perderse en consideraciones sublimes, pero que nunca aterrizan en este suelo nuestro, tan contaminado por la toxicidad letal del orden que todo lo domina.

Cada día son más urgentes y necesarios los estilos intempestivos de vida austera y solidaria, tanto en el ámbito personal como comunitario, que hagan correr “rumores” del Dios Solidario. El cristianismo como apremio y fermento de una comunidad humana de destino fraterno no existiría sin las historias solidariamente evangélicas.

Este final de milenio se ha visto agraciado por la presencia de “una gran nube de testigos” (cf., Hb 12,1) del Dios de los pobres, a veces al precio de su propia vida. La vida de la Iglesia, y muy especialmente de la Iglesia Latinoamericana, ha sido acompañada e iluminada por una cosecha abundante de historias de *mártires*. Ellos han acreditado el Evangelio de Dios del modo como lo hizo Jesús: entregando su vida por la causa de los pobres del Reino de Dios. Sin embargo, hemos de reconocer que, globalmente considerada, la Iglesia necesita convertirse y creer en la Buena Nueva del Evangelio de la Solidaridad. Demasiadas veces sus clarividentes discursos oficiales van acompañados por unas prácticas institucionales y personales de solidaridad tan baratas que aquéllos suenan a ridículo frufú en medio del griterío ensordecedor de las víctimas del sistema sacrificial dominante.

Este déficit plantea una cuestión eclesiológica delicada: su propia condición de sacramento de salvación (cf., LG 48; AG 1) en un mundo como el nuestro estructuralmente injusto. La eficacia de su carácter de “*signo e instrumento*” de una salvación comprendida como “*unión íntima con Dios*” y “*unidad de todo el género humano*” (cf., LG 1), no está absolutamente garantizada por el Espíritu que la habita. Este dinamismo sacramental también depende de la calidad solidaria del testimonio eclesial.

Una vez más hemos de recordar que la opción por los pobres constituye el fundamento, *el signo* que unifica y define *todas* las realizaciones sociales en el anuncio del evangelio, en la celebración de la eucaristía y en la diaconía dentro y fuera de la Iglesia. Esto significa que los contenidos y los actos centrales de la fe van unidos a la situación concreta de los pobres y se entienden como remedio y curación para ellos. Los pobres que son en cierto modo el “sacramento” de iniciación de la voluntad salvífica universal de Dios (cf., Mt 25, 40ss) y le transfieren esa sacramentalidad a la Iglesia⁴⁹.

La coalición con las víctimas

Las proclamas contra el neoliberalismo se multiplican. Quizás la convocatoria más realista por su talante utópico sea la del *Frente Zapatista de Liberación Nacional*:

A todos los que, sin importar colores, razas o fronteras, hacen de la esperanza arma y escudo... Los convoca al primer encuentro intercontinental por la humanidad y contra

*el neoliberalismo. Creo que lo de menos es saber la fecha exacta de ese encuentro. ¡Lo importante es saber que esta resistencia es permanente, poética (creativa), política y eternamente en favor de la VIDA!*⁵⁰

Con enorme clarividencia y realismo se ha hecho notar la necesidad de un movimiento mundial a favor de los *derechos civiles económicos*. La práctica solidaria del cristianismo se orienta en esa dirección y debería contribuir a la creación y fortalecimiento, a todos los niveles –local, regional, europeo y mundial–, de una coalición entre las víctimas del sistema y los movimientos sociales⁵¹.

El campo de acción es muy amplio y empieza por reconocer la existencia de alternativas a pequeña escala (de economía informal y autosuficiente, de organizaciones populares, etc.) para insertarse en ellas.

Pero quisiera destacar *tres escenarios* de lucha especialmente importantes.

1. El sistema educativo

La integración ideológica de las masas al sistema de mercado se realiza a través de los “mass•media”, las escuelas y las universidades. Enfrentarse con éxito a su poder y conseguir educar para la libertad solidaria no es hoy tarea fácil. Sin embargo algunas voces nos alertan sobre la necesidad de la porfía y nos han ofrecido algunas claves orientadoras de la tarea educativa que olvidamos o minusvaloramos frecuentemente.

Paulo Freire ha defendido con enorme vigor y honestidad, hasta el final de sus días, que una tarea ineludible de la educación liberadora es descubrir las posibilidades para *la esperanza* (lo “*inédito viable*”) en las situaciones límites y cualesquiera que sean los obstáculos. Sin ella poco podremos hacer y difícilmente lucharemos. Si lo hacemos como desesperanzados o desesperados nuestra lucha será suicida o puramente vengativa⁵².

El todavía reciente Informe a la UNESCO de la Comisión Internacional sobre la educación para el siglo XXI, presidida por Jacques Delors⁵³, ha puesto de manifiesto que *la sabiduría* y *la compasión* resultan imprescindibles para que nuestros conocimientos y tecnologías nos ayuden a *aprender a vivir juntos* y *aprender a ser humanos* en el siglo XXI.

La iglesia católica, a través de su tupida red educativa (desde la escuela a la Universidad) debe sumarse a este empeño. Tiene argumentos en su propia tradición (esto es, esperanza, sabiduría y compasión) como para sentirse concernida por el envite, aunque haya de reconocer que suele ser muy frecuentemente compañera de viaje del sistema neoliberal por no contar en su tejido educativo con suficientes células de resistencia. Muy concretamente me interesa señalar que las universidades católicas, sus facultades e institutos de economía y ciencias empresariales y sus departamentos de ética, podrían jugar un papel decisivo en el fortalecimiento de la coalición entre víctimas y movimientos sociales.

Ello les obliga a hacerse sin tapujos preguntas como éstas: ¿Cuáles son sus objetivos formativos? ¿A qué intereses están sirviendo? ¿Sus alumnos se capacitan solidariamente para integrarse en la coalición o profesionalmente para fortalecer el sistema? ¿Qué proyectos de investigación proponen y aprueban? ¿En cuáles invierten sus recursos humanos, materiales y financieros más importantes? No se trata de buscar respuestas simples y demagógicas, sino de

ser humanamente lúcidos y cristianamente honrados. De su contestación está dependiendo en gran medida el que la red educativa católica en general y la universitaria en particular tengan o no la calidad de Evangelio y estén o no al servicio de la evangelización de nuestro mundo.

2. *El ámbito de la política*

Todos sabemos lo desprestigiada que está la actividad política, pero necesitamos redescubrirla como medio indispensable para alcanzar un nuevo orden económico mundial. Nuestro debate no debe empantanarse en un planteamiento dilemático entre partidos políticos y nuevos movimientos sociales. La *promoción de la justicia* nunca podrá realizarse plenamente sin un proceso de profundización de la democracia, que garantice eficazmente la promoción de la vida entre los pueblos y los grupos humanos, que están excluidos o marginados y no entran en el círculo del desarrollo económico y humano.

Nuestro debate, por tanto, debe estar encaminado a resituar la política y la razón por encima de la economía para posibilitar un nuevo escenario político en el que ya no sea posible la subordinación de lo político a la ciega lógica de los mercados económicos⁵⁴.

Se trata de elaborar una nueva “economía política” en la que se vayan haciendo factibles cosas tan necesarias como:

- *la reorientación* de los instrumentos de organización social según una concepción adecuada del bien común con referencia a toda la familia humana,
- *el control internacional* del sistema económico que supere su déficit de democracia,
- *el diálogo y la concertación* entre los países,
- *y la democratización de los organismos internacionales* para que estén igualmente representados los intereses de los pueblos y países que tienen escaso peso en el mercado internacional⁵⁵.

El tránsito de una sociedad capitalista avanzada a la Democracia Económica necesita de un movimiento político poderoso, inteligente y realmente activo así como la revitalización del propio movimiento sindical. Solamente así se podrá poner en peligro a una clase dirigente tan profundamente afianzada como lo está la clase dirigente en una sociedad capitalista avanzada⁵⁶.

“Pasar de política” es renunciar de hecho a estos objetivos y abandonar a su suerte a las víctimas del sistema. Redescubrirla, valorarla y participar en todos sus niveles (municipal, autonómico, nacional, europeo) es una exigencia de la solidaridad y una forma de resistir e ir venciendo la lógica inmisericorde del sistema. Esta vigorización de la vocación política debe comprenderse como una exigencia del seguimiento histórico de Jesús.

3. *El ámbito de la economía*

La economía es un ámbito de la realidad en el que la presencia de la militancia cristiana está casi inédita. Es cierto que está repleto de cristianos de todas las confesiones, pero en realidad son militantes del liberalismo, del neoliberalismo o simplemente de su profesión, entendida de manera aséptica en lo tocante a las relaciones solidarias. Una razón habrá que buscarla en el modo privado como gran número de cristianos viven su fe. Pero otra es, sin duda, *el miedo a*

ser víctima del sistema. No me resisto a transcribir un texto confirmatorio de Luis de Sebastián.

Estos mecanismos [de la ortodoxia y la ortopraxis económica] emplean, en última instancia, la fuerza bruta del dinero para reprimir a los disidentes y quitar las ganas de pensar de manera distinta a los jóvenes economistas que, terminado su doctorado en las mejores universidades, tienen la debilidad de tratar de analizar de manera original y crítica los problemas de nuestra sociedad y las soluciones que se proponen frente a ellos. Para los disidentes no hay dinero de investigación, no hay conferencias, ni consultorías generosas, ni la fama que dan los «best sellers»...

La represión intelectual que sufre la profesión, con su «pensamiento único», ha llevado a una falta de imaginación y creatividad a los jóvenes profesionales, algunos realmente inteligentes (porque la carrera de economía atrae a gente muy inteligente). El estilo intelectual de los economistas que quieren triunfar debe... ceñirse estrictamente a la definición más estrecha de lo que es «la economía»... lo que comienza como una añagaza metodológica acaba convirtiéndose en un convencimiento dogmático•religioso sobre la inmutabilidad del «status quo».

El miedo de economistas profesionales a salirse del «mainstream» y a no encontrar, por tanto, trabajos bien remunerados (en bancos, consultorías, organismos y fundaciones internacionales, universidades y gobiernos), además de embotar la imaginación y reducir la creatividad, ha degenerado en incapacidad estructural, o bloqueo mental, para pensar soluciones reales fuera del estrecho encasillado en que los inquisidores de la oferta y la demanda han metido a la argumentación económica. Y, naturalmente, allí no la encuentran⁵⁷.

El texto no tiene desperdicio, sobre todo porque viene firmado por un reconocido economista, y me confirma en algo que barrunto hace tiempo, gracias a una sugerencia de María López Vigil. El Espíritu de Jesús debe estar suscitando en la humanidad y en la Iglesia vocaciones consagradas a la causa de las alternativas al modelo actual económico. De la misma manera que, en otras épocas, suscitó vocaciones de liberadores de esclavos, de educadores de pobres o de sanadores y cuidadores de enfermos.

Seguramente se trata de una vocación que necesita hombres y mujeres excelentemente preparados e institucionalizarse en organismos económicos diversos, pero a la que el Señor no le va exigir los tres votos. Bastará con que sean obedientes a las necesidades de los pobres “castos con la realidad” (J. Sobrino), y se contenten con el sueldo, por ejemplo, de un profesional de la educación.

4. CONCLUSIÓN: LA ENFERMEDAD Y EL MILAGRO⁵⁸

Seguramente nuestro mundo necesita de “un milagro” para desembarazarse de este tipo de

globalización avasalladora de lo humano. Pero hoy como en los tiempos de Jesús un milagro no es algo privado, sino algo con profundas repercusiones políticas y sociales. Las teorías económicas y sociales dominantes de los setenta desoyeron las voces que indicaban que el modelo de crecimiento económico y de consumo del Primer Mundo nos conducía a una crisis de recursos no renovables y de medio ambiente y a la inviabilidad del modelo de desarrollo postulado para el Sur.

El resultado fue la crisis del petróleo, la agudización del deterioro ecológico y la declaración de una “década perdida”. Entonces las autoridades económico•religiosas, al no poder echar la culpa de la situación a la irracionalidad de las propuestas económicas, se vieron obligadas a achacar las enfermedades de los países pobres a sus propios comportamientos (de sus oligarquías, de los dictadores, de la apatía de las gentes, etc.), afirmando que eran sus “pecados” económicos los que tenían la culpa de todos sus males (“*teología de la retribución*”).

En último término, la curación de las enfermedades producidas por el pecado estaba en los “templos” del FMI y del Banco Mundial, lo cual supuso nuevas cargas en formas de ajustes estructurales que nuevamente volvieron a pagar los más pobres. Así se cerraba el ciclo de victimación.

Pero algo interrumpe intempestivamente esa lógica, cuando *Juan Pablo II* pide la reducción, si no la total condonación de la deuda externa⁵⁹ y un grupo de ciudadanos del mundo convocan a *la globalización de la solidaridad*, o cuando cotidianamente hombres y mujeres de buena voluntad comprometen sus vidas en la resistencia al neoliberalismo y en la construcción parcial y fragmentaria de un modelo económico alternativo. Esos gestos implícitamente están perdonando o declarando inexistentes los pecados económicos de los países empobrecidos (“*teología de la liberación*”). Esas actitudes suponen no ya un desafío al monopolio terapéutico de los economistas ortodoxos, sino al monopolio religioso de los sacerdotes del “dios•mercado”.

Esos actos, como los milagros de Jesús de Nazaret, son subversivos desde el punto de vista político. En esta porfía, peligrosa por cierto, el Reino de Dios de los pobres se abre camino en la historia.

NOTAS

1. Cf. Jordán Galduf, J. M^a, *Desigualdades económicas y necesidad de un Nuevo Orden Económico Internacional*: Iglesia Viva 110•111 (1984), pp. 163•164.
2. Cf. El País, 20 de agosto 1996.
3. Sebastián, L., *La gran contradicción del neo•liberalismo moderno. O la sustitución del humanismo liberal por el darwinismo social*, Cristianisme i Justícia, Barcelona, 1989, p. 7; AA. VV., *La larga noche neoliberal. Políticas económicas de los 80*, Icaria/Ise, Barcelona/Madrid, 1993.
4. Cf., Sutcliffe, B (coord.), *El incendio frío. Hambre, alimentación y desarrollo*, Icaria/Antrazyt, Barcelona, 1996.

5. Cf., Stavenhagen, R., *La educación encierra un tesoro: el informe a la UNESCO*: Páginas 146 (Agosto 1997), pp. 18•20.
6. Cf., Jung Mo Sung, *Deseo mimético, exclusión social y cristianismo*: Pasos, N° 69, 1997 (Enero•Febrero), p. 12.
7. Cf., Hinkelammert, F. J., *El huracán de la globalización: la exclusión y la destrucción del medio ambiente vistos desde la teoría de la dependencia*: Pasos, N° 69, 1997 (Enero•Febrero), pp. 21•27.
8. Cf., *La barbarie. De ellos y de los nuestros*, Paidós, Barcelona/Buenos Aires/México, 1995.
9. Cf., *Antropología del capitalismo. Un debate abierto*, Plaza & Janes/Cambio 16, Barcelona, 1992.
10. Sólo en 1996 se registraron 26 conflictos bélicos en el mundo.
11. Se calcula que al año mueren 36 millones de personas de hambre. En la cumbre de la FAO de 1996, 186 países acordaron reducir *a la mitad, antes del 2015, los 800 millones de personas que padecen hambre*. Este tipo de decisiones, según los dirigentes políticos del mundo, se consideran políticamente correctas, aunque no eviten la muerte de alrededor de 700 millones de personas de hambre en los próximos veinte años. Además seguramente los informes mundiales de mañana certificarán el incumplimiento los compromisos hoy, de la misma manera que los actuales lo hacen con los compromisos de ayer en relación con la dedicación del 0,7% de PIB a la cooperación. ¿Existirá en el siglo XXI alguna instancia mundial capaz de exigir responsabilidades civiles y penales a los amos del mundo por sus incumplimientos o seguirán firmando papeles con absoluta impunidad? ¡Qué razón tenía I. Ellacuría cuando pedía *revertir la historia!*
12. Según el informe PNUD•1997, el 24% de la población de América Latina y el Caribe viven con menos de un dólar diario.
13. “Si por *capitalismo* se entiende un sistema económico que reconoce el papel fundamental y positivo de la empresa, del mercado, de la propiedad privada y de la consiguiente responsabilidad para con los medios de producción, de la libre creatividad humana en el sector de la economía, la respuesta es positiva... Pero si por *capitalismo* se entiende un sistema en el cual la libertad, en el ámbito económico, no está encuadrada en un sólido contexto jurídico que la ponga al servicio de la libertad humana integral y la considere como una particular dimensión de la misma, cuyo centro es ético y religioso, entonces la respuesta es absolutamente negativa” (CA 42).
14. Hinkelammert, F. J., art. cit., p. 23.
15. Cf., Sebastián, L., *El neoliberalismo. Argumentos a favor y en contra, Cristianisme i Justícia, El neoliberalismo en cuestión*, Cristianisme i Justícia/Sal Terrae, Barcelona/Santander, 1993, p. 28.
16. La frase de Roberto Campos, exministro brasileño, está citada por Jung Mo Sung, art. cit., p. 11.
17. Cf., Chafuen, A. A., *Economía y Ética. Raíces cristianas de la economía de libre mercado*, Rialp, Madrid, 1991.
18. Hassmann, H., *Las falacias religiosas del mercado*, Cristianisme i Justícia, Barcelona, 1997.
19. Cf., Sebastián, L., *Mundo rico, mundo pobre*, Sal Terrae, Santander, 1992, p. 102.

20. Resulta ilustrativo de la importancia que comienza a tener esta característica el hecho de que esta consideración del neoliberalismo como “religión” no se haga exclusivamente desde los círculos de la Teología de la Liberación Latinoamericana, sino también desde el hemisferio norte del continente americano: cf., Beaudin, M., *Le néo-libéralisme comme religion: Relations* octubre 1995, pp. 238•240; *Sotériologie, capitalisme et salut chrétien*, en Petit, J. C. Breton, J.C., *Seul ou avec les autres? Le salut chrétien a l'épreuve de la solidarité*, Fides, Montréal, 1992, p. 237•281.
21. Cf., Assmann, H., *Economía y Teología*, en AA. W., *Conceptos fundamentales del Cristianismo*, Trotta, Madrid, 1993, p. 357.
22. Cf., Jacquard, A., *Yo acuso a la economía triunfante*, Andrés Bello, Barcelona/Buenos Aires/México D.F./Santiago de Chile, 1996, p. 86.
23. Cf., Streeten, P., *El Hambre*, en Sutcliffe, B. (coord.), op. cit., p. 27.
24. Cf., Ramonet, I., *L'espoir*, Le Monde diplomatique, janvier 1996.
25. Cf., Ormerod, P., *Por una nueva economía. Falacias de las ciencias económicas*, Anagrama, Barcelona, 1995.
26. Cf., Assmann, H. Hinkelammert, F., *A idolatría do mercado*, Voces, Petrópolis, 1989; Jung•MoSung, *La idolatría del capital y la muerte de los pobres*, DEI, San José (C.R.), 1991; *Neoliberalismo y pobreza*, DEI, San José (C.R.), 1993; *Teología y economía. Repensando la teología de la liberación y utopías*, Nueva Utopía, Madrid 1996; Santa Ana, J., *La práctica económica como religión. Crítica teológica a la economía política*, DEI, San José (C.R.), 1991.
27. Cf., Scweickart, D., *Más allá del capitalismo*, Cristianisme i Justícia/Sal Terrae, Barcelona/Santander, 1997; cf., también Zubero, I., *Movimientos sociales y alternativas de sociedad*, HOAC, Madrid, 1996, pp. 89•101, donde pueden encontrarse una bibliografía de obras en castellano, que defienden la existencia de alternativas económicas y sociales al capitalismo: n. 5, p. 93.
28. Cf., *La pobreza capitalista*, Tecnos. Madrid, 1993, pp. 10•11.
29. Cf., García Roca, J. *Compasión, equidad y justicia: Iglesia Viva* 156 (1991), p. 575.
30. Entre el 30 de junio y el 4 de julio de 1997 tuvo lugar en Lima el I Simposio internacional sobre la *Globalización de la Solidaridad*, con la participación de expertos economistas así como de más de 150 participantes de 32 naciones de todos los continentes. Puede verse el documento final que aprobaron los asistentes en Páginas 146 (Agosto 1997), pp. 110•112.
31. Cf., Boff, L., *Con la libertad del Evangelio*, Nueva Utopía, Madrid, 1991, p. 19.
32. Sigo muy de cerca lo escrito por mí en otra ocasión: *Una religión al servicio de lo inolvidable: Iglesia Viva* 184/185 (1996), pp. 371•383.
33. Cf., Anisi, D., *La sonrisa de Keynes*, en AA. W., *La larga noche neoliberal...*, pp. 296•297.
34. Cf., Jung Mo Sung, art. cit., p. 7.
35. Cf., Morin, E. Kern, A. B., *Tierra•Patria*, Barcelona, Kairós, 1993, pp. 205•219.
36. Cf., CA 30•35, 40•43.
37. Cf., Assmann, H. (editor), *Sobre ídolos y sacrificios. René Girard con teólogos de la liberación*, DEI, San José (C.R.), 1991.
38. Cf., *Redemptor hominis*, 13.
39. Cf., Kehl, M., *La Iglesia. Eclesiología católica*, Sígueme, Salamanca, 1996, p. 222.

40. Solamente señalaré como muestra un botón. En el n. 8 del documento *Instrumentum laboris* de la Asamblea Especial para América del Sínodo de los obispos que se celebró en otoño de 1997 se podía leer lo siguiente: *sólo a través de una equilibrada comprensión de las dos naturalezas y de la perfecta unidad de las mismas en la segunda Persona de la Santísima Trinidad puede el ser humano aproximarse al misterio de Jesucristo, presente en el hoy de la historia como Cabeza de la Iglesia, que es su Cuerpo* (cf., Encuentro con Jesucristo vivo, camino de conversión, de comunión y de solidaridad, Ecclesia 2.863 y 2.864. octubre 1997, pp. 1540•1550 y 1578•1590; el texto puede encontrarse en p. 1543; el énfasis es mio). Este texto que supongo corregido en las sesiones de la Asamblea convertía la tarea de la iniciación creyente y de la experiencia de la fe en una labor académica y, lo que es mucho más grave, parecía enmendar la plana a Dios que quiso conceder un privilegio hermenéutico a los pobres y sencillos en orden a reconocer la verdad de su revelación (cf., Mt 11, 25•28)
41. Cf., SRS 9f. 16c. 36.
42. Cf., *Carta de los provinciales latinoamericanos de la Compañía de Jesús, El neoliberalismo en América Latina*, n. 8: Carta a las iglesias desde El Salvador, N° 367, 1•15 diciembre 1996, p. 13.
43. Cf., *Ser como ellos y otros artículos*, Siglo XI, Madrid, 1992, pp. 84•85.
44. Cf. Ibid., p. 205.
45. Juego aquí con dos expresiones latinas que quizás deba explicar a los no iniciados en la jerga teológica. La primera de ellas recrea una famosa fórmula de **D. Bonhoeffer**: “*Y nosotros no podemos ser honestos sin reconocer que hemos de vivir en el mundo etsi deus non daretur*”: aunque Dios no existiera (cf. Resistencia y Sumisión. Cartas y apuntes desde el cautiverio, Ariel, Esplugues de Llobregat, 1969, p. 209). Con ella quería recordarnos como la autonomía del mundo provocada por la modernidad era querida por Dios: “*El Dios que nos deja vivir en el mundo sin la hipótesis de trabajo Dios, es el mismo Dios ante el cual nos hallamos constantemente*” (Ibid p. 210). Mi fórmula pretende señalar que toda aspiración de un nuevo orden económico internacional que funcione con independencia de los países pobres (como “si el pobre no existiera”) es inhonesta, pero además está condenada al fracaso y no traerá la salvación para nadie. Y con este fin la he vinculado a una segunda que recoge el viejo adagio “*fuera de la iglesia no hay salvación*”, transformado en “*extra mundum nulla salus, fuera de este mundo no hay salvación*” por **E. Schillebeeckx** (cf. *Los hombres relato de Dios*, Sígueme, Salamanca 1989). Por mi parte he prolongado esta relectura hasta concentrarla en aquella parte del mundo, las víctimas del viejo orden económico, por cuyo futuro realmente humano y democrático pasa necesariamente cualquier nuevo orden, y en cuyo presente se encuentra anonadada pero actuante la salvación escatológica de Dios.
46. *Será necesario abandonar una mentalidad que considera a los pobres –personas y pueblos– como un fardo o como molestos e importunos, ávidos de consumir lo que otros han producido... La promoción de los pobres es una gran ocasión para el crecimiento moral, cultural e incluso económico de la humanidad entera* (CA 28).
47. Cf., Moingt, J., *El hombre que venía de Dios*. vol. II, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1995, pp. 149•156.
48. Cf., *Utopía y profetismo*, en Ellacuría, I. / Sobrino, J., *Mysterium Liberationis. Conceptos fundamentales de Teología de la Liberación* / Trotta, Madrid, 1990, pp. 426 ss.

49. Cf., Kehl, M, op. cit, p. 222.
50. Cf., *Primera Declaración de la Realidad contra el Neoliberalismo y por la Humanidad: Carta a las Iglesias desde El Salvador*, N° 377, 1•15 de mayo, 1997, p. 9.
51. Cf., Duchrow, U./Guck, M., *Alternatives á l'économie capitaliste mondiale. Repères bibliques et approches politiques pour vaincre une économie qui menace la vie: Liaisons Internationales* 80 (1994), pp. 2•11. Puede encontrarse una condensación en *Selecciones de Teología*.
52. Cf., Freire, P., *Pedagogia de la esperanza. Un reencuentro con la Pedagogia del oprimido*, Siglo XXI, Madrid, 1993.
53. Cf., *La educación encierra un tesoro*, Santillana/ UNESCO, Madrid, 1996.
54. Cf., Espasa R., *Nueva cultura económica, nueva pobreza*, en AA. VV., 1996, *año de la erradicación de la pobreza*, Cristianisme i Justícia, Barcelona, 1996, pp. 26•27.
55. Cf., CA 58.
56. Cf., Schweickart, D., op. cit., pp. 399•409.
57. Cf., *Prólogo* en Schweickart, D., op. cit., pp. 13•14.
58. Cf., Mc 2, 1•12. Cf., Crossan, J. D., *Jesús: la vida de un campesino judío*, Crítica, Barcelona, 1994, p. 375.
59. Cf., *Tertio millenio adveniente*, 36.

© *Cristianisme i Justícia*, Roger de Llúria 13, 08010 Barcelona
Telf: 93 317 23 38; Fax: 93 317 10 94;
correu-e: espinal@redestb.es; <http://www.fespinal.com>